

## EL SAHARA Y LA AMISTAD HISPANO-ARABE

La Asamblea General de las Naciones Unidas se dispone a decidir el futuro del Sahara occidental, señalando la pauta que debe seguir España en el proceso descolonizador.

Va a terminar así una etapa iniciada el 30 de noviembre de 1920, cuando las tropas hispanas se instalaran en La Agüera. Más de medio siglo de constante presencia, dedicada a promover el desarrollo del fraterno pueblo saharauí. Porque la acción española en aquel territorio africano se ha ajustado fielmente a las características que el Jefe del Estado, Generalísimo Franco, señalaba en su discurso ante las Cortes Españolas del 3 de junio de 1961, cuando decía: «El coloniaje explota y esclaviza; colonizar es diametralmente todo lo contrario: constituye una tarea civilizadora de los más nobles cometidos y uno de los más inexcusables deberes de los pueblos que poseen un nivel cultural elevado y disponen de medios suficientes.»

En los momentos en que España acometía la tarea de colonizar o tutelar al pueblo saharauí, los medios financieros de que disponía eran harto menguados. No obstante, supliendo la escasez de dinero con el entusiasmo y dedicación a la tarea que le señalaba la Historia, inició una serie de acciones que han conducido a la creación de una sólida infraestructura en aquellos inhóspitos parajes en los que sólo vegetaban unos millares de seres dedicados al pastoreo de sus ganados. El carácter estepario del territorio y la ausencia de riquezas visibles parecía indicar que sólo una voluntad tenaz y desinteresada sería capaz de crear las condiciones indispensables para la elevación del mísero nivel de vida que entonces se apreciaba. Para comprender la magnitud del esfuerzo desplegado y las dificultades vencidas es preciso recordar que el Sahara occidental es un país que une la inmensidad del territorio a una extremada sequedad y unas condiciones climáticas sumamente rigurosas. La vegetación es escasa, quedando reducida a plantas de porte exiguo, herbáceas, de acusadas características xerofíticas, y algunas arbóreas, como la *talja*, acacia de fuertes espinas blancas. La dificultad principal reside en el agua. No es que la carencia de agua sea completa, sino que existe una

abrumadora desproporción entre las enormes extensiones de terreno y la posibilidad de encontrarla en la superficie.

A pesar de tantos obstáculos, la actividad de la Administración española supo revalorizar el extenso territorio sahariano. La escasez de su población y el carácter preferentemente nómada no impidieron que se ejerciese una intensa labor de construcción de pistas y oasis experimentales y que se dotara de agua a los núcleos urbanos mediante perforaciones y desalinizaciones. Hoy se encuentran magníficas ciudades—como El Aaiún o Villa Cisneros—dotadas de todos los adelantos, y carreteras excelentes que unen entre sí a las ciudades. Se ha dedicado especial atención a la acción sanitaria, desterrándose prácticamente las enfermedades endémicas; se ha fomentado la enseñanza, construyéndose modernos grupos escolares para los niños saharauí, y, en suma, en lo que era desierto inhóspito se ha creado, dentro de unas proporciones adecuadas al escaso volumen de la población, un núcleo de vida acomodada a los últimos adelantos. La elevación del nivel de vida y la introducción de condiciones aptas para el desarrollo profesional (comercio, turismo, servicios en general) se ha traducido en el incremento del porcentaje de la población sedentaria al crearse los factores necesarios para que encuentren ingresos muy saneados. Como consecuencia, en las diversas ciudades del Sahara se alzan hoy alegres barriadas de confortables viviendas, que han sustituido a las antiguas *jaimas*.

Concebida la presencia española en el Sahara occidental como una misión de ayuda a un pueblo hermano, fue preciso invertir sumas considerables en el desarrollo del territorio. La falta de riquezas del territorio—durante muchos años no se pudo sospechar la existencia de los ingentes depósitos de fosfatos—determinó que fuera el Erario público español el que sufragase todos los gastos derivados del desarrollo saharauí. Muchos miles de millones de pesetas se invirtieron en esa labor<sup>1</sup>, destinada a facilitar la prosperidad del fraterno pueblo árabe que habita en el desierto.

En los últimos años se acometió el estudio del subsuelo, investigando mediante sondeos la posibilidad de existencia de petróleo. Las prospecciones fueron llevadas a cabo por once compañías—españolas, americanas o asociadas—con resultados negativos. Por el contrario, las investigaciones de los geólogos españoles señalaron la existencia de considerables depósitos de fosfatos, cuya explotación se iniciaba ahora, después de una inversión de más

<sup>1</sup> Cfr. José María CORDERO TORRES y Julio COLA ALBERICH: *La evolución de la España de Ultramar*. Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1961.

de cinco mil millones de pesetas por una empresa del Instituto Nacional de Industria, «Fos-Bucraa».

En definitiva, España ha cumplido en el Sahara occidental una alta misión, sentando las bases para que el pueblo saharauí—pueblo árabe hermano del hispano—haya alcanzado el envidiable nivel de vida que posee en la actualidad.

\* \* \*

Hemos aludido de forma reiterada a la circunstancia de que España ha considerado siempre al pueblo árabe saharauí como un pueblo hermano. No se trata de una figura retórica, sino que responde a una plena realidad, emanada de razones muy profundas. La misión que España ha desarrollado en el Sahara es ante todo una misión fraternal. Siendo la continuidad de misión ley fundamental en la historia de los pueblos, es preciso llegar a las profundas raíces, asentadas en seculares pretéritos, para analizar la calidad de la savia que a cada uno de ellos vivifica. Surge entonces, desnudo, esquemático, el recóndito espíritu que inspira su vida y mueve sus acciones.

En el pasado—que nunca es definitivamente tal porque las evoluciones de la Historia, en giro continuado, pueden llevarlo a presente—la clave de la vida peninsular radicó en su íntima fusión con los pueblos árabes y norteafricanos. Su enclave geográfico, «isla colocada en la conjunción de dos continentes», como se la ha llamado, es el determinante del destino peninsular. Es el eslabón con el Norte de África, cuna de pueblos árabes, al que se une vinculada por lazos indestructibles.

Nace esa vinculación, hermandad genuina, de muchos y variados factores: geológicos, porque durante millones de años ambos territorios se hallaban unidos por el cordón umbilical del istmo de Gibraltar, antes de que se abriera el estrecho; antropológicos, porque los pueblos de ambas márgenes del estrecho han sido siempre los mismos y sus actuales pobladores proceden de un mismo tronco étnico. Están hermanados por una ancestral sangre común. Por eso, cuando adviene la expansión árabe en la Península hispánica no hace sino remozarse, rejuvenecerse por la fusión, esa sangre fraterna. La lucha forma un episodio accesorio, la necesaria descarga de energías de dos pueblos vigorosos sobresaturados de ellas. «La lucha no impidió que españoles y musulmanes fraternizasen y hasta viviesen en estrecha comunidad de vida», decía el historiador inglés Richard Patec. Pero en su afirmación se queda corto, puesto que la lucha no significó nada profundo—como más tarde había de ocurrir en la América hispana—, ya que la lucha de un

señor a otro, de una bandería a otra, carecía de significación en aquellos viriles tiempos. Así, el más excelso de los paladines, el Cid, pelea indistintamente bajo las banderas de los monarcas cristianos o de los soberanos árabes.

Desde el primer momento existió una amistad íntima entre los árabes recién llegados y los españoles. La masa popular hispana acogió a los árabes sin hostilidad —lo que explica la rapidez de su conquista—, precisamente porque veía en ellos a individuos de su misma raza y por ello de su sangre. Y esa consanguinidad aumenta al fusionarse entre sí unos y otros, ya que los españoles no establecieron barrera diferencial alguna frente a los recién venidos, distintos en lengua, costumbres y religión, aunque no en sangre. Así, los príncipes musulmanes se casaban con princesas cristianas y viceversa. Abdala, emir cordobés, casó con doña Oneca, matrimonio del que fue nieto Abderrahman III; Almanzor casó con Teresa, hija de Bermudo II; el conde García, con la hija de Muza, caudillo de Aragón; la tercera esposa de Alfonso VI fue la princesa Zaida, hija del rey de Sevilla. Otro tanto sucedía entre el pueblo llano, y de tal modo, en ocho siglos de convivencia, se formó el pueblo hispano-árabe, cuya huella persiste en la Historia, formado por la fusión del español autóctono con los pueblos árabes.

Así, en el suelo hispano, y con el concurso del pueblo hispano-árabe, se cincela una de las más deslumbradoras culturas que recuerda la Historia de la Humanidad, la sublime de Al Andalus, que fue pasmo del universo<sup>2</sup>. En esa labor suprema, entre pléyades incontables de hombres que durante siglos laboraron incansables por su auge, se cuentan sabios de los dos pueblos, doblemente hermanados por las tareas del espíritu y por los vínculos de la sangre. Bajo el estímulo de los nobles monarcas árabes florecieron en España épocas de magno esplendor.

\* \* \*

El recuerdo de la hermandad lograda durante el transcurso de seis siglos de plena y fructífera convivencia no se ha desvanecido en el pueblo español. Así, el régimen surgido del 18 de julio de 1936, recogiendo esos anhelos, ha inscrito desde sus primeros momentos, como postulado inconmovible de su acción exterior, el mantenimiento y reforzamiento de sus lazos de amistad con los pueblos de la noble nación árabe. Mediante una acción proseguida infatigablemente se ha llegado en ese terreno a un alto grado de penetración fácil de comprobar.

<sup>2</sup> Julio COLA ALBERICH: «Razones de hermandad hispano-árabe», *Diario de Africa*. Tetuán. I, 4 de mayo de 1947; II, 9 de mayo de 1947.

Dentro de ese marco que hemos esbozado se plantea en estos momentos el asunto de la descolonización del Sahara occidental—que la Organización de las Naciones Unidas reclama y que el Gobierno de Madrid se dispone a cumplir—, planteada de forma acuciante. Esta oportunidad creemos que puede significar una ocasión única para que España pueda reafirmar de manera solemne su amistad fraterna y tradicional hacia la nación árabe.

Sabido es que, cumpliendo las disposiciones emanadas de la Organización internacional, España se apresta a realizar una consulta entre los saharauís para que autodeterminen su destino futuro. No obstante, sobre el Sahara occidental se mantienen ciertas reivindicaciones, expresadas por los tres países árabes limítrofes (Argelia, Marruecos y Mauritania), que mantienen interpretaciones divergentes, sin que hasta el momento hayan conseguido armonizar sus puntos de vista. Esto significa que existen dificultades para elegir una solución correcta.

Por parte marroquí se ha sugerido la idea de plantear el asunto ante el Tribunal Internacional de Justicia de La Haya. A pesar de ello, opinamos que esto significaría dar entrada a personas o naciones extrañas en una diferencia cordial que debiera ser solventada en el seno familiar de pueblos afines y fraternos, como España y los países árabes. Recordamos que el ministro argelino de Asuntos Exteriores, Buteflika, durante una visita a Madrid, señalaba esta identificación diciendo que «con España no sólo tenemos intereses ni sólo afinidades, sino que tenemos un alma común». Siendo así que subsiste tal vinculación anímica, consideramos que la solución descolonizadora más idónea podría consistir en que fuese la Liga de Estados Arabes quien adoptase la resolución definitiva, ya que se trata de un territorio árabe, y de ese Organismo son miembros los tres Estados africanos que mantienen criterios divergentes sobre el futuro saharauí. Madrid, en nuestra opinión, debería transferir el territorio a la Liga, reafirmando con este acto su tradicional hermandad con la nación árabe.

Se conseguiría de tal modo que el futuro del territorio árabe hermano, el Sahara occidental, resultase equitativo para los saharauís, ya que sería el supremo Organismo árabe quien adoptase la resolución más pertinente. Con esta determinación, España habría culminado su misión tutelar en el Sahara occidental—desarrollada a costa de inmensos sacrificios durante más de medio siglo—dentro de la más estrecha solidaridad con la fraterna nación árabe.

*Octubre 1974.*

JULIO COLA ALBERICH

